

EL CAPITALISMO NO SE AGOTARÁ POR SÍ SOLO, HAY QUE MATARLO

Sesión 12: Escenarios de la bifurcación. Conclusiones provisionales

Seminario doctorado 2016-1: Bases materiales para la superación del capitalismo

Tema:

¿Tiene futuro el capitalismo?

1. *El fin y sus hacedores*

Recuperemos una afirmación de Walter Benjamin, aquella que dice “el capitalismo no morirá de muerte natural”. Para pensar el fin del capitalismo, como modo dominante de la producción de la vida material, hay que ir más allá de los diagnósticos de su funcionamiento sistémico. El capitalismo, a pesar de ser un sistema y, por ello, compartir las características de todo sistema (límite de expansión, colapso por ampliación de las diferencias internas y la imposibilidad de articularlas, límite de consumo de energía, límite de la capacidad autopoietica, etc.), tiene una plasticidad hasta ahora poco examinada en los sistemas conocidos. El capitalismo es un sistema que vive en constante y recurrente crisis, gracias a ello ha podido generar mecanismos de recomposición, que permiten absorber y procesar las causas de las crisis haciéndolas funcionales a la reproducción del sistema, mediante dos mecanismos complementarios: ampliación de los espacios de reproducción (crecimiento de los espacios de producción, circulación y consumo) y articulación de las diferencias (subsunción formal y real de las otras formas de vida colectiva).

El sistema capitalista, a diferencia de otros sistemas conocidos, tiene una característica que marca una diferencia importante: la relación saber-poder. El capitalismo no sólo procesa informaciones, las sintetiza y sistematiza, como todo sistema, también produce informaciones sobre las dinámicas de diferenciación del sistema anticipándose a su funcionamiento. Esta lógica es la de una información prospectiva como condición su conocimiento, a diferencia de los sistemas conocidos que producen informaciones desde el presente o el pasado, pero no sobre el futuro. Pero la información no es suficiente, el capitalismo requiere un patrón de fuerza que garantice los resultados previstos en las informaciones que produce. Es un sistema que genera sus propias relaciones de poder para gestionar la diferenciación interna del sistema, sea por disciplinamiento o por eliminación.

En términos coloquiales, traduciríamos estas matrices bajo los términos de ciencia y guerra. El capitalismo, a diferencia de otros sistemas conocidos, aprovecha aquello que caracteriza a la modernidad: la posibilidad de convertir a la vida en un problema reflexivo no reductible a explicaciones teleológicas, lo que obliga a la producción de informaciones y conocimientos especializados, tendencialmente automatizables y abstractos, para poder explicar y gobernar el *sentido* de la existencia. Junto con la ciencia se requiere de una razón bélica, no sólo como en su forma de ejército, sino como matriz civilizatoria que organiza las formas concretas de la existencia

(las dinámicas de diferenciación en términos sistémicos) bajo el principio de amigos y enemigos, enemigos asimilables y enemigos exterminables, bárbaros civilizables y salvajes eliminables.

Estas dos matrices establecen los criterios de clasificación social, es decir, aquello que es espontáneo en un sistema: el aumento tendencial de la diferenciación, en el capitalismo es un resultado artificial. Esto no significa que la diferenciación no aumente dentro del capital, sólo que es gobernada por las fuerzas internas del sistema, lo que no la convierte en una tendencia que asegure el fin de la reproducción sistémica. Esta es sólo una de las facetas que dan cuenta de lo sui géneris que es sistema capitalista, el único sistema conocido que ha redireccionado las informaciones sobre el funcionamiento de los sistemas para asegurar su reproducción.

2. *Crisis como crisis civilizatoria*

La crisis actual no es un desajuste de económico, un desarreglo de las formas de representación y legitimidad liberales; la crisis actual es una crisis civilizatoria, que afecta las formas y contenidos de los mundos de la vida. Es una crisis multimodal (hay una gran crisis, no muchas, no hay plural de la crisis), compuesta de diversas expresiones, resultado de la imposición de una forma de vida por sobre muchas posibles.; de esta manera, lo que hay que enfrentar es un conflicto ecológico, económico, social, político, afectivo, cognitivo, etc. La crisis es un asunto de sujetos, no de conspiraciones, es una correlación de fuerzas por definir *el sentido* de la vida colectiva.

La crisis civilizatoria es correlativa al sistema capitalista, siempre le ha acompañado, bajo manifestaciones diversas, con intensidades múltiples, pero siempre ha estado ahí, espectral, acechante. Bolívar Echeverría lo explica así:

Quando hablamos de crisis civilizatoria, nos referimos justamente a la crisis del proyecto de modernidad que se impuso en este proceso de modernización de la civilización humana: el proyecto capitalista en su versión puritana y noreuropea, que se fue afirmando y afinando, lentamente, al prevalecer sobre otros alternativos, convertido en un esquema operativo capaz de adaptarse a cualquier substancia cultural [...] Y se trata sin duda de una crisis porque, en primer lugar, la civilización de la modernidad capitalista no puede desarrollarse sin volverse en contra del fundamento que la puso en pie y la sostiene -es decir, la del trabajo humano que busca la abundancia de bienes mediante el tratamiento técnico de la naturaleza-, y porque, en segundo lugar, empeñada en eludir tal destino, exagera justamente esa reversión que le hace perder su razón de ser.

Hoy la crisis civilizatoria no se soporta sobre ninguna mediación posible, no hay ficciones modernizantes suficientemente amplias para cubrirla, para encuadrarla; la crisis civilizatoria, sus efectos y causas, son obscenos. La crisis se gobierna, no se resuelve; es un estado ideal para la reproducción de la valorización del valor, para la rapiña reiterada, para la construcción de rentables y evanescentes espacios de valorización, para seguir degradando la vida (convirtiéndola en homogénea y vacía).

Por ello, para hacer un balance de los límites del capitalismo hay que poner atención no sólo a las tendencias económicas que lo hacen posible, a su orden relativo que garantiza un funcionamiento “normal” (en el que se expresa un equilibrio oscilante). Un balance de la crisis no es suficiente si sólo se soporta sobre los mecanismos estructurales de reproducción del capital: el monopolio, la coerción-negociación interestatal, la innovación tecnológica, los ciclos de ganancia y de pérdida. O, en su defecto, en las soluciones espaciales de la regulación de la vida por los mercados, el papel de árbitro de los estados-nación, la contención de geografías políticas como Estados Unidos o la eurozona.

Estas son narrativas desde el centro del capitalismo, desde un espacio de bienestar que no quiere ser puesto en peligro y reconocer que la barbarie se instaló como mecanismo de reproducción del sistema. El capitalismo sigue vivo, desnudando sus formas y pretensiones. Hace treinta años la Thatcher lo dijo contundentemente, palabras más o menos, “la economía es el método, el objetivo es cambiar las mentes y los corazones”. Esa premisa se logra no sólo por las disputas del mercado o la regulación interestatal del orden global, se logra por la guerra social generalizada, que juega el papel de lógica de gobierno de la crisis civilizatoria.

3. Salir del confort apocalíptico

Si la crisis no es una conspiración, sino una relación de fuerzas, de sujetos en pugna política, el fin de la crisis y del capitalismo no estará en la dinámica interna del sistema (como para esperar dormidos a que amanezca), el fin de la crisis será resultado de las acciones de los sujetos, de la defensa y expansión de formas de existencia, de realizaciones materiales que den cuenta de otros órdenes civilizatorios posibles (esperando despiertos a que amanezca, haciendo algo para que eso suceda). El capitalismo no morirá de muerte natural, hay que matarlo.